## CAPÍTULO XLI. *De algunos ejemplos de virtud de algunas mozas que se criaron en estos recogimientos*

AS COSTUMBRES QUE EN LA NIÑEZ SE APRENDEN son como las raíces en un árbol nuevo que juntamente se van arraigando en las entrañas de la tierra, de la misma manera que el tronco, por de fuera, va engrosando y crece; y así sucede que aunque después sea combatido de muy recios y tempestuosos vientos ni le arrancan ni le ofenden; lo cual no acaece si el árbol, cuando ya grande, lo pasan de una parte a otra, porque como no tiene trabas que le afierren, cualquiera acometimiento de tempestad lo derriba y descompone. Por esto dijo el Espíritu Santo en los *Proverbios:*[1] El mancebo, cuando viene a ser hombre, no se aparta de aquel camino que aprendió en su niñez; porque las costumbres que se ejercitan desde niños son raíces que van creciendo con la edad, y tanto más se fortifican cuanto más temprano se toman. Y de aquí es que la costumbre de muchos años se convierte en otra naturaleza, como dice el Filósofo, y a cualquier torbellino de vicio que se oponga vence, si la costumbre su contraria fue siempre virtuosa. Por esto fue buen acierto el que en los primeros tiempos de esta conversión hubo de recoger estas niñas en estas casas de recogimiento que en el capítulo pasado se dijo. Y para que se vea su aprovechamiento, pondré aquí dos casos (dejando otros muchos) que atestigüen con esta verdad.

En cierto pueblo de esta Nueva España aconteció que una de esta mozas, después de casada (y continuando los ejercicios virtuosos que allí aprendió), enviudó en breve; y viéndola sin marido, un indio casado comenzó a poner en ella los ojos y a darle a entender por ellos (como lengua que son del alma) su mal deseo; y como pasaban los días iba más creciendo en sus aficionados deseos. Pero como el corazón que ama no descansa con sólo mirar, sino en poner en plática sus deseos, comenzó este deshonesto aficionado a requerirla donde quiera que podía verla; pero como la honesta moza se había criado con lenguaje y sentimiento diferente, defendíase dél varonilmente. Sucedió pues andando el tiempo que el deshonesto hombre halló la ocasión que deseaba, que como los tales velan más que duermen, cuando las dormidas no lo piensan se hallan sin pensar en la ocasión, y encendido en su torpe y bestial deseo, quiso hacerle fuerza; pero viendo la moza el peligro en que estaba y que sólo allí era Dios el remedio (porque al ánimo determinado a una bestialidad no hay consejo que baste) tomó por medio de su libertad encomendarse a él y a su madre santísima con muchas veras y devoción. Y como con su oración breve cobrase fervor de espíritu, no sólo le resistió, pero comenzó a reprehenderle diciendo: ¿Qué es esto, hombre bestial?, ¿cómo intentas y procuras de mí tal cosa?, ¿piensas que por no tener marido que me guarde has de ofender conmigo a Dios? Ya que otra cosa no mirases, sino que ambos somos cofrades de

[1] Prov. 22.

la cofradía de nuestra Señora (y en esto la ofenderíamos mucho y con razón se enojaría y seríamos indignos de llamarnos cofrades de Santa María y de tomar sus candelas benditas en nuestras manos) por esto era mucha razón que tú me dejases; y en caso que tú no quieras dejarme por amor de nuestra Señora, sábete que yo antes tengo de morir que cometer tal pecado.

Notorio y manifiesto es que, para librarse del furor de sus calumniadores y falsos acusadores, no tuvo la bendita y honesta Susana otra defensa que volverse a Dios y pedirle libertad de tan gran calumnia, queriendo antes haberse puesto al riesgo y al peligro en que estaba, que incurrir en la ira ira de Dios si le ofendía.[2] Y aunque fue don suyo particular aquel ánimo y fortaleza, hemos de decir que le valió mucho haberse criado en recogimiento y honestidad, porque un hábito tan antiguo y de tantos años ejercitado no podía luego, al primer acometimiento, vencerse. Esto pues sucede a esta cristiana moza, que en ocasión que había de ofender a Dios o romper con la cólera y furor del mancebo, quiso antes oponerse a cualquier daño corporal, que caer en las manos de Dios vivo; el cual, en los lances de mayor tribulación, es presto a favorecer al que de corazón le llama, convirtiendo en muy mansos corderos los que parecían bravos y carniceros leones. Esto se verifica en este indio, porque fueron estas palabras de tanta eficacia y tanta impresión hicieron en su corazón, y tanto lo compungieron, que vuelto en otro trocado hombre respondió: Hermana, tú has ganado mi alma que estaba perdida y ciega. Tú has hecho, como buena cristiana y sierva de Santa María. Yo te prometo de no intentar más este pecado y de confesarme y de hacer penitencia dél. En este caso bien claro parece que concurrió particularmente Dios con el honesto deseo de aquella buena moza, apagando el fuego que el demonio en aquel agresor había encendido, que de otra manera, en tal tiempo y sazón, poco aprovecharan palabras santas ni devotas.

En esta ciudad de Mexico, una indizuela doncella era muy molestada y requerida de un mancebo, y como se defendiese de él, incitó y despertó el demonio a otro para que intentase con ella la misma maldad que el primero; y como ella también se defendiese del segundo y ellos se hubiesen entendido, el uno al otro, que casi fue como lo que les sucedió a los otros de Susana, aunque aquéllos eran viejos en quien faltó la vergüenza que suelen poner las canas; y estos mozos, a quien también suele faltar el temor para acometer semejantes atrevimientos, concertaron de juntarse los dos y hacer violencia a la moza, que voluntariamente no quería, pareciéndoles que lo que no podían ruegos acabarían violencia y fuerza: para esto anduvieron siguiéndola y aguardándola un día tras otro, hasta que una tarde, al anochecer, saliendo sola a la puerta de su casa la cogieron sin que pudiese valerse, y la llevaron a una casa sola y yerma, donde luego el uno de ellos la acometió, queriendo aprovecharse de ella; pero defendiéndose la moza varonilmente, llamando a Dios y a Santa María en su ayuda, no

[2] Dan. 13.

pudo el pecador conseguir su deseo. Llegó el otro cómplice, pero como la doncella estaba guardada de Dios, por las continuas voces que le daba, ni pudo rendirla ni vencerla y quedó sin suerte, como lo quedó el primero. Viendo pues que cada uno por sí no podía sujetarla, llegaron ambos juntos a acometerla; y pareciéndoles que la razón vence más que la fuerza, quisieron provocarla con algunas que le dijeron. Y viendo que ni razones ni ruegos bastaban, ya desesperados y olvidados no sólo de ser cristianos (que este olvidó desde el primer acto le tuvieron) sino de el ser hombres racionales para pensar que aquello no era deuda, ni caso forzoso que provocase a injuria, comenzaron a maltratarla y a darla muchas coces y bofetadas, mesándola cruelmente. A todo esto, ella perseveraba con más fortaleza en la defensa de su honra, llamando a Dios en su trabajo. Y aunque ellos no cesaron de impugnarla, diole Dios (a quien ella llamaba) tanta fortaleza, y a ellos así los embarazó y desmayó, que como la tuviesen toda la noche en su compañía, nunca pudieron prevalecer contra ella; mas quedó la doncellita ilesa y guardada de Dios su integridad. Venida la mañana y huyendo los agresores, fuese, sin volver a su casa, a la del recogimiento donde había estado, por guardarse con más seguridad, y contó a la madre lo que había pasado con los que le querían robar el tesoro de la virginidad; y fue recebida en la compañía de las hijas de los señores, aunque ella era pobre, por el buen ejemplo que había dado y porque la tenía Dios guardada de su santísima mano.

## CAPÍTULO XLII. *Del modo que comúnmente se tiene de enseñar los niños y niñas en todos los pueblos de esta Nueva España, y de las matronas que ayudaron mucho en el ministerio de la iglesia*

TODOS LOS MONASTERIOS DE ESTA NUEVA ESPAÑA tienen delante de la iglesia un patio grande, cercado, que se hizo principalmente para que en las fiestas, cuando toda la gente se junta, oigan misa y se les predique en la capilla de fuera, que está en el mismo patio; porque en la iglesia no cabían sino los que por su devoción vienen a oír misa entre semana. A un lado de la iglesia, que es comúnmente a la parte del norte, está en todas partes edificada una escuela, donde cada día de trabajo se juntan los cantores, acabada la misa, para proveer lo que se ha de cantar a las vísperas, si han de ser solemnes y en la misa de el día siguiente, y para enseñar el canto a los que no lo saben; y asimismo para enseñarse los que tañen los ministriles e instrumentos músicos. En la misma escuela en otra parte por sí, o en la misma pieza si es larga, se enseñan a leer y escribir los niños y hijos de la gente más principal, después que han sabido la doctrina cristiana; aunque ya no se guarda esto tan inviolablemente como a los principios de la conversión, porque entonces había mucho en que esco-